

*¡Dios
mío,
ayúdame!*

“Mi corazón es rebelde”

SEGÚN 1 Y 2 SAMUEL

Entonces dijo Saúl: Traedme holocaustos y ofrendas de paz. Y ofreció el holocausto... Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero, Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó (1 Samuel 13.9–14).

Lectura de apoyo: 1 Samuel 13—15.

El rey Saúl es uno de los grandes enigmas de la Biblia. Tenía las cualidades necesarias para ser el primer rey de Israel (1 Samuel 11.24). Como hombre de carácter que él era, fue capaz de inspirar y guiar al pueblo. Durante su reinado, él enfrentó a la mayoría de los enemigos de Israel y llevó a su ejército a la victoria (1 Samuel 14.47–48). Saúl podía distinguir las habilidades de otros. Aglutinó a hombres poderosos y valientes alrededor suyo (1 Samuel 14.52). No obstante, Saúl también tenía debilidades iguales a sus fortalezas. Saúl era mezquino en su trato para con los demás. La envidia y el deseo de venganza hacía que perdiera la razón. Le preocupaba profundamente la opinión de los demás. Con el paso de los años, degeneró hasta llegar a tener una escala de prioridades y valores distorsionada. Añádale a esta debilidad un mal genio, y vemos a un hombre que al principio era un buen rey, pero que después llegó a ser un déspota paranoico.

La fábula del ratón que llegó a ser león, sirve de ilustración para la vida de Saúl: Una vez, un ratón persuadió a un hechicero a que convirtiera en león. La primera acción del nuevo león fue huir de un gato. El disgustado hechicero lo volvió a convertir en ratón diciéndole: “Tienes el cuerpo de un león, pero el corazón de un ratón”.

Todas las debilidades de Saúl emanaban de una predominante falla: —un corazón obstinado y rebelde— Saúl no estaba dispuesto a subordinarle su corazón a Dios. Esta debilidad fue la que eventualmente lo descalificó como rey e hizo que le sobreviniera el desastre a él y a su casa. Su vida es una clara demostración de la insensatez que resulta de la obstinación egoísta y de la rebeldía en contra de Dios.

LA REBELDÍA PRODUCE IMPACIENCIA

La obstinación de Saúl se mira en la desobediencia que mostró en Gilgal (1 Samuel 13). Es probable que este incidente ocurriera durante el segundo año de su reinado, y que signifique el comienzo de las dificultades.

Él había comenzado bien su reinado, derrotando a los amonitas en Gabaón. Para fortalecer el país, había formado un ejército permanente, tal como Samuel lo había anunciado (1 Samuel 8.11–12). Había comenzado con una pequeña fuerza de tres mil hombres que llevaban un extraño equipo militar. Sólo Saúl y Jonatán tenían espadas y lanzas, mientras que el resto se había armado con hachas y agujones para bueyes. No obstante, el pueblo de Dios había sido victorioso.

En Gilgal, este ejército se enfrentó a una fuerza filisteas completamente pertrechada. Israel todavía estaba en la Edad de Bronce, mientras que los filisteos ya habían pasado a la Edad de Hierro. Los filisteos

invadieron a Israel con un ejército de tres mil carros, seis mil hombres de a caballo, y pueblo numeroso como la arena que está a la orilla del mar. La idea de enfrentarse con aquel enemigo de tal magnitud hizo que desfallecieran los corazones de los israelitas. En su cobarde huida, se dispersaron y se dirigieron a las cuevas, y a los matorrales donde se escondieron en peñascos, en fosos y en cisternas.

Saúl mismo no fue inmune al temor. Acampó en Gilgal, donde esperó a Samuel, quien venía a cumplir la promesa de venir en siete días a ofrecerle sacrificios a Dios. Saúl, no obstante, fue impaciente. Vio que su ejército se reducía de tres mil a seiscientos hombres por causa de la desertión. Se precipitó a actuar, y no esperó a que llegara el día sétimo. Fue impulsivo y ofreció él mismo el sacrificio. Al final del sacrificio, Samuel apareció. Saúl sólo pudo dar una débil excusa por sus acciones:

Porque vi que el pueblo se me desertaba, y que tú no venías dentro del plazo señalado, y que los filisteos estaban reunidos en Micmas, me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto (1 Samuel 13.11-12).

A pesar de estas declaraciones y excusas tan convincentes, Saúl fue severamente reprendido. Como resultado del pecado de Saúl, Samuel le dijo que su reino no sería duradero. A él no se le iba a permitir dar inicio a una dinastía. Su hijo Jonatán jamás le sucedería como rey.

Habrán quienes puedan pensar que este castigo fue demasiado severo para un desliz de impaciencia. La impaciencia, no obstante, no era el pecado de Saúl. La impaciencia era el resultado de su pecado. Su pecado era la falta de fe, la cual le llevó a desobedecer una clara orden de Samuel, la cual a su vez era un claro mandamiento de Dios.

No hay que negar que Saúl se encontraba en una situación aparentemente imposible de superar, sin embargo Saúl no recordó una importante verdad de la historia de Israel. Cuando tales eran las circunstancias, la fe en Dios era la única esperanza del hombre. Saúl no fue capaz de entender que Dios estaba dispuesto a defender a su pueblo. También se olvidó de que Dios haría esto sólo si Israel se sometía a él y honraba su pacto. Saúl hizo caso omiso de lo anterior porque su confianza estaba depositada en sí mismo. Como resultado de esta incredulidad, Saúl perdió su reino —y más adelante, su vida.

A menudo nos hallamos en situaciones en las

que, al igual que a Saúl, se nos acaba la paciencia. Esto ocurre, por lo general, porque tenemos nuestro propio calendario de eventos, y este calendario no es igual al de Dios. Ya alguien lo dijo: “Dios jamás llega tarde, pero rara vez está a tiempo”. Nuestra impaciencia puede originarse en nuestro deseo de ejercer dominio de lo que está fuera de nuestro dominio.

Nuestra impaciencia puede ser superada cuando aceptamos dos verdades inmutables. La primera verdad es que *Dios es el que está al mando*. Él manda el mundo y todo lo que está en él, pero nuestras vidas sólo las puede mandar si nosotros estamos dispuestos a entregarnos a él y a procurar su voluntad por encima de todo lo demás (Proverbios 3.5-6; 16.3; 2 Crónicas 16.9).

La segunda verdad es que *los caminos de Dios no siempre son los nuestros*. Sus propósitos y planes pueden estar muy por encima de los nuestros. Dios dijo: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55.9).

Como parte integral de nuestra disposición a echar toda nuestra ansiedad sobre él, está nuestra disposición a aceptar su calendario y sus propósitos.

LA REBELDÍA PRODUCE TEMOR

Las Escrituras nos presentan un temor predominante en Saúl: el temor de perder su reino. Este temor lo llevó a tratar de matar a David en por lo menos diez ocasiones. El temor de Saúl lo llevó eventualmente al abominable acto de consultar con una adivina para conocer su destino.¹

Este temor se origina en una falta de confianza. Dios nos llama a entregarle todo nuestro ser a él —cuerpo, alma y espíritu (Mateo 22.37-38; Romanos 12.1-2). Cualquier aspecto de nuestras vidas que nosotros no le entreguemos a Dios, se encuentra en rebeldía en contra de él. Pablo le hizo un llamado a los romanos —y a nosotros— a hacer una entrega total:

... ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia (Romanos 6.13).

Cuando somos obstinados, siempre tendremos temor. Nos sentiremos culpables de no tener un perfecto desempeño. Cualquier propósito por

¹ Tomaremos nota de este evento en la lección titulada: “El mío es un caso perdido”.

mejorar sólo servirá para sacar a la luz más fallas y fracasos. El corazón rebelde es atrapado en un círculo vicioso, el cual lleva al cinismo, la hipocresía y la desesperación.

En nuestra relación con Cristo podemos hallar la serenidad que nos permitirá aceptar nuestros temores: “El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Hebreos 13.6).

LA REBELDÍA LLEVA AL RAZONAMIENTO INSENSATO

Después de la desobediencia de Saúl, Dios puede haberle concedido unos veinticinco años de reinado exitoso. Saúl pudo consolidar su dominio y guiar al pueblo en más victorias sobre muchos enemigos.

Un enemigo que permanecía sin conquistar era la tribu nomádica de los amalecitas. Fue durante el reinado de Saúl que la tolerancia que Dios les tenía a éstos, llegó a su fin. Por fin, le mandó a Saúl que los destruyera completamente (1 Samuel 15.3).

Hay personas a las que les puede perturbar el mandamiento de Dios en el sentido de que se llevara a cabo la total eliminación de los amalecitas. No obstante, debemos recordar este hecho: Esta no fue una decisión repentina de Dios, sino un acto judicial, un castigo justo contra los amalecitas por sus pecados. Este castigo no se debió solamente al hecho de que asediaron al pueblo de Dios por muchos años (Éxodo 17.8–14). La cultura e influencia de los amalecitas era tan corrupta que, de no ser eliminados, seguiría siendo una tentación constante para los israelitas. La exterminación de ellos era la única manera de llevar paz a la tierra, y de destruir tan corrupta influencia.

Haciendo uso de su competente destreza militar, Saúl les tendió una emboscada a los amalecitas, y los mató a todos excepto a uno. Saúl, de un modo descarado, haciendo caso omiso al mandamiento de Dios, le perdonó la vida a Agag, el rey de los amalecitas. Saúl también permitió que los soldados le perdonaran la vida a lo mejor del ganado, de los carneros y de las ovejas.

Esta descarada desobediencia desagradó en gran manera a Dios. Éste le reveló a Samuel el pecado de Saúl y el desagrado que le tenía. Samuel se apesadumbró y clamó a Jehová toda aquella noche por Saúl.

A la mañana siguiente Samuel se dirigió a interceptar el ejército vencedor de Saúl. Irónicamente, se encontraron en Gilgal, el mismo lugar donde Saúl había ofrecido el inoportuno sacrificio, y donde se le había anunciado la pérdida de su dinastía.

Saúl, tal vez movido por su culpa, dio inicio a la conversación con Samuel proclamando su obediencia al Señor. Le dijo: “Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová” (1 Samuel 15.13).

Samuel le respondió a Saúl señalándole la irrefutable prueba de su desobediencia. El balido de las ovejas y el bramido de las vacas pusieron en entredicho las declaraciones de obediencia de Saúl. Aunque había sido el pueblo el que le salvó la vida a los animales, Dios hizo responsable a Saúl. Dios ya le había dicho anteriormente a Samuel que era Saúl, no el pueblo, el que había pecado (1 Samuel 15.11).

Puede que nos preguntemos cómo podía Saúl haber actuado de manera tan rebelde. ¿Ignoraba la historia de su pueblo? ¿No sabía lo que le había sucedido a Acán en circunstancias parecidas? (vea Josué 7.20–26). ¿No se daba cuenta de que por su obstinación estaba haciendo que el pueblo pecara?

Sólo el poder del pecado puede explicar lo actuado por Saúl. El pecado le afecta la habilidad para razonar al hombre. Esto fue lo que Isaías dijo: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo...!” (Isaías 5.20a). Pablo, hablando de los gentiles, dijo: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios...” (Romanos 1.21–22a). El razonamiento necio no era el gran pecado de Saúl. Se trataba de un pecado que resultaba de su desobediencia. Para Dios, la obediencia siempre ha sido la prueba más fundamental de la fe.

No debemos confundir jamás el legalismo con la obediencia. El legalismo es la inclinación a definir la relación del hombre con Dios en términos de cuán acertadamente el hombre obedece. La verdadera obediencia es una demostración de fe (Romanos 1.5). La verdadera obediencia es una señal de cuán profundamente confiamos en Dios al hacer lo que él ya ha definido que debe hacerse. Algunos de los mandamientos de Dios son tan sencillos que es imposible malentenderlos, tan específicos que deben ser obedecidos al pie de la letra. El no obedecer a éstos, tal como Dios los ha mandado, es una demostración de que se carece de una fe completa y madura (Santiago 2.22).

Uno de los más grandes fracasos del hombre es no entender cómo es que Dios mira la obediencia. Samuel se lo dejó bien en claro a Saúl:

¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que

los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación... (1 Samuel 15.22-23; énfasis nuestro).

Saúl dio a entender, con su desobediencia, que él consideraba su discernimiento igual al de Dios.

La terquedad es una actitud que todos debemos superar, si es que hemos de agradecer al Padre celestial. No hay duda de que nuestra terquedad es nuestro más grande enemigo. Es necesario emplear toda la fuerza de la que se requiera para someterla. Philip Keller dijo:

Se nos ha llamado a prescindir del ego. Se nos ha instruido en el empleo de la violencia si es necesaria, con tal de eliminar nuestro peor enemigo, esto es, el ego. La mayoría de nosotros, al igual que Saúl, sencillamente no lo hará. Tratamos por todos los medios de proteger nuestros propios intereses, empleamos tácticas sutiles para preservar nuestra propia identidad. No estamos dispuestos a ser implacables en nuestros actos de autodisciplina, bajo la autoridad de Dios, para obedecerlo implícitamente.²

² Philip Keller, *David* (Waco, Tex.: Word Publishing Co., 1985), 1:69.

Jesús asemejó la conquista de nuestra voluntad con el cortarse el miembro que nos haga caer o el sacarse el ojo que sea pecaminoso (Mateo 5.29-30). No importa cuánto nos pueda costar, nuestra terquedad debe ser superada. Llegados a este momento, podemos ver otra diferencia fundamental entre David y Saúl. Hay quienes se han preguntado cómo Dios pudo haber preferido a David y no a Saúl. Los dos eran imperfectos, habían pecado gravemente. Lo que los hacía diferentes era aquello que hacía de David “un hombre conforme al corazón de Dios”. A diferencia de Saúl, David siempre se preocupó por hacer lo que Dios le había mandado. Su más grande preocupación era la voluntad de Dios. Cuando Dios hablaba, David obedecía. Si David fallaba, él se arrepentía. Tal obediencia era de fundamental importancia para Dios. Todavía sigue siéndolo.

CONCLUSIÓN

Saúl sufrió mucho en esta vida por causa de su rebeldía, no por causa de dos acciones aisladas. Estos dos incidentes no son más que síntomas de un corazón rebelde. Dios no puede vivir, ni amar, ni obrar en un corazón que no se le ha subordinado. *La obediencia incompleta es desobediencia completa.* ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados